

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 13 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 62, prel.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de octubre, y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

¡JUSTICIA!

En junio de 1866 fueron suprimidos de órden del capitán general de Madrid los OCHO periódicos siguientes: La Iberia, La Soberanía Nacional, Las Novedades, La Nación, La Democracia, La Discusion, El Pueblo y Gil Blas

Tres meses despues fuéalzada la prohibición de Gil Blas, para que pudiera publicarse sólo con carácter literario, y suprimiéndole hasta el grabado de cabecera: un año más tarde fué también alzada la prohibición de los otros siete periódicos.

Veán nuestros lectores lo que ahora pasa. Las Cortes Constituyentes han concedido una indemnización de un millón de reales para los periódicos arriba citados, no contando entre ellos á Gil Blas.

Esta es la justicia que debemos á las Cortes Constituyentes.

Esta es la prueba de amistad que debemos á los siete periódicos La Iberia, La Soberanía Nacional, Las Novedades, La Nación, La Discusion, La Democracia y El Pueblo.

Nuestra prohibición de cuatro meses no nos da derecho á nada.

La prohibición de un año les da á ellos derecho á un millón de reales.

¡Muchas gracias, amigos! Es cierto que Gil Blas no ha pedido esa indemnización; pero tampoco ha pedido monarquía, y tiene que tragársela: de mejor gana, pues, tragaria la indemnización. El que está á las duras, debe estar á las maduras.

Si yo me equivoco, si ellos tienen razón, y la indemnización es justa, debe alcanzarme á mí también; si yo acierto, si es injusta, no debe darse á nadie.

Suplico á los siete periódicos aludidos que se hagan cargo de estas razones.

Crónica.

En ninguna parte se ha representado con tanto acierto como gracia la comedia de los excesos cometidos por los republicanos, como en la muy noble y muy bonita ciudad de Vigo.

Es toda una zarzuela bufa, con sus correspondientes coros de suripantas.

¡Oh tú, Dios de los cronistas, espíritu que te infiltras en la prosa, para llegar jugueteo y risueño á la inteligencia de los lectores; musa protectora de todos los salvadores de la sociedad, ven á mí, desciende de tus alturas vestida como los civiles de Genova de Brabante, é inspíra á mi cacumen unos cuantos párrafos de rechupete, para poder mostrar á las presentes generaciones cuánto de fatiga y de heroico valor fué preciso desplegar por las autoridades de Vigo, una noche del mes de Octubre de 1869!

¡Oid, oid, contemporáneos!

Una noche ¡qué horror! empieza á susurrarse por la ciudad tranquila, que los republicanos van á echarse á la calle.

Las aguas del Atlántico se retiran, encapótase el firmamento, y una ostra desterrada de San Payo rompe su cárcel, y se lanza sin luz y sin guía por las escabrosidades de lo infinito, como dice Victor Hugo.

El rumor crece... Ya no es sólo echarse á la calle... Ya es otra cosa más seria. Los republicanos de Vigo van á robar las casas principales. Así cunde la voz, cunde la alarma, y las autoridades empiezan á desplegar una energía de mil demonios.

Para que el lector comprenda la verdadera situación cómica de esta comedia, hágase cargo de que Vigo está dominado por dos castillos, tenia además en el puerto buques de guerra y los republicanos estaban sin armas.

Prosigamos la narración.

El pánico sube del sótano á la guardilla, del corazón de la doncella casta á la cabeza del solteron recalcitrante; el gobernador militar manda desembarcar con un silencio de muerte trescientos hombres armados, de la fragata Concepcion; apuntan los cañones á la ciudad, se encienden las mechas, los propietarios todos ¡pobrecitos hombres de órden! se arman de revolvers, y los republicanos seguían durmiendo y sin armas.

¡Qué momentos de tanta ansiedad!

Por fin amaneció el día.

Los propietarios honrados se miraban unos á otros con asombro.

—¡Cómo! ¿Vive Vd. todavía?

—¡Qué mala cara tiene Vd.!

—¡Yaya una noche terrible!

—¡Ya, ya! le digo á Vd. que no he pegado los ojos.

—¿Pues y mi mujer? Toda la noche la ha pasado

abrazada á un fraile de cera que tiene en su alcoba alumbrado por el gas Mille.

—Pues yo habia armado de escopetas á todos mis criados.

—Yo habia pedido á la autoridad ocho soldados que se me han comido todo el jamon de la despensa, y á la criada...

—¿Se han comido también á la criada?

—No, sino que se ha ido con ellos.

¿Habeis observado las palpitaciones inmensas del mar, pasada la tormenta? Así quedó Vigo despues de aquella terrible noche en que cañones, soldados, marineros, vecinos armados, guardias idem, todo se habia puesto en juego para impedir la sublevacion de unos cuantos apreciables jóvenes republicanos que no poseian ni un arma.

Pero toda farsa, por mala que sea, tiene una moraleja.

Hé aquí la moraleja de esta:

Al dia siguiente, en vista de la actitud que no habian tomado los republicanos, fué declarada la ciudad en estado de sitio y disuelto el ayuntamiento, donde habia algunos republicanos, que fueron sustituidos por unionistas.

Concluyamos diciendo como Rigolet:

¡Aplaudid, bárbaros!

Y la conciliación, ¿se alivia?

Cuando estos renglones lleguen á manos del lector, quizá estén ya desligados los partidos que han hecho, ellos solitos, la felicidad del país.

Todos son hombres ilustrados é inteligentes; patriotas del mejor paño; prácticos en el arte de transigir y sacrificarse por la patria, y sin embargo, no se avienen, cada uno ve las cosas de su color, y se extrañan de que haya masas que cometan excesos.

Pues qué, hombres de órden, ¿no es vuestra actitud hoy un exceso del mayor calibre?

¿Desea el gobierno saber, para castigarla, dónde hay gente que falte descaradamente á la Constitución?

En la Academia de la lengua.

El Sr. Canalejas ha presentado un discurso que ha sido rechazado por el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra y otros católicos, por contener proposiciones de sabor herético.

Supongo que el discurso tiene esas proposiciones; pero ¿no hay un artículo en la Constitución que garantiza la libertad de conciencia y la libertad de cultos?

¿Cómo una corporación oficial se permite faltar tan descaradamente á lo que manda la Constitución del Estado?

El discurso del Sr. Canalejas puede ser todo lo herético que le dé la gana, y el Sr. Fernandez Guerra podrá combatirlo en el terreno de la discusion; ¿pero negar la entrada en la Academia? ¿Cómo? ¿Con qué derecho?

¡Ah, señores ministros, qué ocasión tan bonita para dar un corte á la Academia y suprimir ese nido de reaccionarios!

¡Qué ocasión! Pero no la aprovecharéis, porque no se trata de excesos de las masas, por más que, andando el tiempo, estos polvos traigan aquellos lodos.

¡Cómo ciega la pasión a los espíritus más serenos! Cree *El Puente de Alcolea* que el suelto de *Las Provincias* sobre los robos de Valencia no debiera ser copiado, porque mancha la reputación del ejército.

¿Cree de buena fé *El Puente de Alcolea* que porque haya algún criminal en este ó el otro cuerpo, quede todo él manchado?

Las Provincias en su polémica con *Los dos reinos* defendía al ejército de esa mancha, pidiendo el esclarecimiento de los hechos y el castigo de los criminales.

Pero cuando pedía esto, después de citar nombres propios y casas de industriales atropelladas ¿cuál debió ser la conducta del capitán general de Valencia? ¿Suprimir el periódico? No. Averiguar los hechos, para desmentirlos categóricamente y castigar entonces al calumniador ó castigar al culpable si resultaban ciertos.

En ninguno de estos casos debe hacerse intervenir para nada el honor del ejército, porque nuestro ejército no ha de perder su honor por los desmanes de algunos soldados.

Dejamos, pues, al buen juicio de nuestros lectores el calificar la conducta del capitán general de Valencia, que ha mandado suprimir el periódico no republicano, sino de orden, llamado *Las Provincias*, el cual daba pelos y señales de los excesos cometidos, de tal manera que no había más que pedir.

Una palabra al *Puente de Alcolea*.

Si él cree que los periódicos no han debido reproducir los sueltos de *Las Provincias* que perjudican al ejército, ¿por qué ha reproducido él con fruición los que perjudican al pueblo valenciano?

¿O se figura que el honor de los pueblos es inferior al honor de los ejércitos?

Por ahí empieza el cesarismo, apreciable colega.

Luis Rivera.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

VII.

De los rosarios, digámoslo así, campestres, lo de ménos es aquel acompasado rezo y aquel tono soñoliento que, con pujos de continuos bostezos, producen la clásica inarmonía del que lleva cuenta con las cuentas; lo que suele salpimentar esa antigua práctica católica en los distritos rurales, son los bocadillos intercalados sobre el precio de la algarrobilla, sobre la hora de sacar el ganado al día siguiente, tal cual rebuzno, un gruñido, un cacareo, y tal vez el rebosar de una olla que, puesta á la lumbre, echa sobre ella su espumante legía, siendo causa de que se levante el segundón de la casa á poner remedio al daño, se escalde entrambas manos con el líquido, y entre un *Mater amabilis* y un *ora pro nobis* encaje un voto redondo, tanto más sonoro, cuanto más irreverente.

Así, en las tareas de nuestros parlamentarios de hoy día, lo de ménos es la salmodia de leer y aprobar los artículos del proyecto de ley sobre quiebras de ferro-carriles y el presentarse y retirar enmiendas, sino los apartes y las escenas sueltas entre sesión y sesión, que aunque no forman parte, volvamos á decirlo así, del argumento, son su amenidad, sus agremes, sus alamares.

No llevaré la exageración hasta el punto de suponer que no sea curioso que el sábado último, por ejemplo, se bordase la sesión con asuntos varios, no; pero...

Aquí debe haber una advertencia discreta. El sábado es en el Congreso día de preguntas. No hay empero que dar una interpretación abusiva á esta frase.

Es día de preguntas; mas no de preguntas y respuestas.

Es decir, que los diputados tienen el derecho de curiosidad espedito, pero los ministros tienen el derecho de reserva.

No hay que admirarse, pues, de que el único día en que reglamentariamente es lícito preguntar, bri-

llen por su ausencia los ministros que tendrían que responder.

De suerte que el sábado último se levantó una voz tratando de inquirir si el ministro de Hacienda había examinado el presupuesto de gastos.

El ministro no estaba en casa.

Otra voz pidió el expediente de *La Tutelar*.

El ministro estaba ausente.

Una tercera voz preguntó si el ministro iba á traer pronto los presupuestos.

El ministro no había llegado.

Otro preguntó si se traería el expediente sobre el empréstito de mil millones.

El ministro se hallaba en otro sitio.

Al que preguntó si se verificaría con equidad y justicia el reparto del impuesto personal, me habría gustado que el ministro le hubiese respondido que no.

Sería en alto grado interesante ver el rostro que pondría un diputado ante respuesta semejante. ¡Qué dato para la fisiología!

Pero no pudo ser así, como he dicho, porque como el sábado no es día de respuestas, los curiosos no sacaron en claro sino el que dejaba el ministro de Hacienda en el banco azul.

Pero esa aparente monotonía, en medio de la cual desde el medio día del viernes al medio día del martes se aprobarán seis artículos de la ley, estuvo esmaltada, bordada, cincelada, y calada con todos los primores de la habilidad parlamentaria.

Reunión de una fracción sola, reunión de dos fracciones, reunión con ministro, reunión sin ministro; amago de rompimiento por un lado, amago de condescendencia por otro; condiciones de los débiles, regateo de los fuertes. Hoy se van, hoy nos vamos; espérese á mañana. No doy más que cinco minutos. Que hagan lo que quieran. Cuadro final del primer acto: suspensión de hostilidades abiertas.

Esta es la fina mayonesa del guiso, que los paladares estragados por el ajo arriero de la minoría republicana, son incapaces de apreciar.

En medio de un combate épico entre dos padres de la patria, se presentan al proyecto de ley dos enmiendas, y las desdichadas tienen que retirarse porque los autores de su existencia las han dejado en el más triste desamparo.

¿Dónde están sus autores?

¡No los condeneis sin oírles! Quizá andan buscando al ministro de Hacienda para llevarlo al Congreso.

A veces lo que parece crueldad no es sino abnegación heroica.

Roberto Robert.

CAN-CANES POLÍTICOS.

II.

El grano en la nariz.

Que los tenga usted felices, *Correspondencia* del alma, á pesar de los deslices que á turbar vienen su calma.

Con sonrisa encantadora sírvase usted responder, si le pregunto, señora: —¿Ha llegado ya la hora del señor de Montpensier?

Más valor que en cien combates mostró en otro tiempo el Cid, para decir disparates ha mostrado usted en Madrid.

Siempre con el duque está queriendo hacernos la ley; ¡en el estómago ya me tiene usted hecho un rey!

Y del caso lo peor es acabar por perder el cariño del lector, con tanto hablar del señor... del señor de Montpensier.

¡Todos los días diciendo que ese señor vale tanto! ¡Todos los días perdiendo los amigos por encanto!

Aunque redoble su afán, ¿quién aguanta el chaparrón? Si dice usted:—¡Orleans! responden todos:—¡Borbon! Y sigue usted arrogante dándole bombo, sin ver

que es también Borbon flamante por detrás y por delante el señor de Montpensier.

¿Quién las arenas del mar ha contado, voto á bríos? Tus bombos—¡ya es bombar!— ni aun los puede contar Dios.

Porque el duque así lo quiso eres la mosca infeliz ó el grano que en la nariz sale sin nuestro permiso.

Y adonde quiera que va el infeliz caminante, avergonzado quizá lleva ese grano delante: ¡Venga pues un cirujano con el bisturí en la mano, y mostrando su saber nos ampute ya este grano que se llama Montpensier!

Barba Azul.

YA HAY CANDIDATO.

¡Te Deum laudamus! Podría exclamar cualquier otro.

Ya estamos al principio del fin. No me refiero para nada al manifiesto que circuló el domingo por Madrid, proponiendo para rey de España á D. Juan Prim...ero; porque ese no es duque todavía, y sabido es que los españoles no queremos rey que no haya ejercido algunos años antes el oficio de duque, como lo prueban las candidaturas de D. Fernando de Portugal, duque de Sajonia-Coburgo; D. Antonio de Bourbon, duque de Montpensier; D. Baldomero Fernández, duque de la Victoria; D. Amadeo, duque de Aosta; D. Tomás, duque de Génova; D. Arturo, duque de Edimburgo; D. Carlos, duque de Madrid; y este último refuerza mi argumento, pues enseña que, siquiera en broma, es indispensable ser duque, para ser candidato de mayor ó menor número de españoles.

En estos tiempos de escasez, no es extraño que no hayamos tenido más duques ó sea más candidatos al trono que á escote hemos de levantar de buena ó mala gana, y que si se me hubiera trascordado alguno en la lista anterior, protesto de que no ha sido por espíritu de oposición ni por gana de presentar á nuestra España menos favorecida que verdaderamente está de lo que más necesita, sino por flaqueza y acabamiento de la fatigada memoria mía.

El hecho es que tenemos candidato é interinamente hemos salido de la interinidad en que estábamos, así como hemos salido del imperio de la ley fundamental, que siempre fué interino en nuestra patria.

El candidato que tenemos es el mejor, sin ofensa sea dicho de los demás, que son todos unos duques muy apreciables, y de seguro hallarán fácil acomodo á medida que se vayan presentando vacantes.

Peró el nuestro, el verdadero, tiene todos los requisitos que pueden exigirse en el más atildado y minucioso pliego de condiciones.

El futuro rey ha de ser persona que conozca nuestras costumbres ¿no es verdad? Pues nuestro candidato sabe de memoria la vida de Carlos IV, de Fernando VII y de Isabel II y ha leído todas las historias en que se les llama pios, deseados, magnánimos y bondadosos.

A más de las costumbres de nuestros gloriosos soberanos ha de saber la del país en general; pues bien: nadie ignora que ya hemos introducido la costumbre del destronamiento, y menos lo ha de ignorar, el menor duque imaginable.

Sabe que tenemos poco y debemos mucho; pero sabe también el resorte de los cargos de piedra y el del arzobispo del millón y pico, y respecto á este punto es regular que se halle tranquilo.

Nuestro candidato tiene la edad más conveniente para reinar; porque sabido es que la edad, el carácter, las inclinaciones, todo lo de los que empiezan á reinar ha sido siempre lo más conveniente, según se lee en los historiadores de orden; y el nuestro no se propone alterar nada en la materia.

Si les dijese á Vds. que está soltero ¡que gratas esperanzas les haría concebir á Vds. de que nos íbamos á aliar con una nación poderosa!

Si les dijera que está casado ¡cómo se alegrarían ustedes de que fuese hombre de hábitos domésticos y de que no teniendo que elegir esposa nos libraba de una eventualidad!

Si fuese viudo, ¡qué gusto el de poseer un soberano que habiendo pagado ya su tributo al amor, podría dedicarse á los asuntos del reino sin que hubiésemos de temer influencias femeniles ni camarillas de tocador!

Y siendo viudo, por pocos ribetes democráticos de que estuviesen Vds. adornados, nos dirían con razón: ¡hombre, mejor, que en muriéndose éste, viene la unitaria!

Su nombre...

Su nombre es tan bello, que todas las personas sensatas é independientes se lo pondrán al primer hijo que tengan, dentro del futuro reinado.

Peró ¿á qué tener excitada tan largo tiempo la curiosidad del lector?

ICARGADO CON TANTO PESO!

FEDERALES.



—¡No dirán ahora que no soy activo y muchacho de provecho como mis antecesores!

Saben Vds. ya que tenemos candidato ó sea duque propio; saben que es bueno, excelente, inmejorable; ahora desearán saber quién es...
¡Ah, yo tambien!

Roberto Robert.

CANAL DE SUEZ.

(Continuación.)

Pasados estos, el reloj del puerto dió la hora esperada; la señal de partida sonó en el *Aretusa*, que salió antes que nosotros, y pocos momentos despues el *Meris* comenzó á andar lentamente. Habia llegado el instante de la partida.

La vista del puerto de Marsella desde la cubierta del vapor, fué un gran espectáculo. Viendo así á Marsella es cuando se la admira más; se la ve grande, inmensa. Su puerto produce una impresion poco comun en tales casos. Obra colosal en extremo, hace pensar en el trabajo que ha debido costar llevarla á cabo, porque hay que advertir, para que el lector que lo ignore lo sepa, que el puerto nuevo de Marsella se ha hecho á fuerza de brazo.

Poco á poco la toldilla fué quedando despejada de gente. Los viajeros temerosos se fueron retirando á sus camarotes. Oí decir que el acostarse sirve de preservativo al mareo y me acosté en seguida.

Como no tenia sueño y notara que el mareo no se presentaba aun, me incorporé un poco y tuve la fortuna de poder escribir estas líneas.

A bordo del MERIS, á las diez de la noche.

¡Oh placer! El mar es bondadoso conmigo hasta el extremo de que me permite salir, subir sobre cubierta, verlo de todo, examinarlo todo.

Hace un tiempo magnífico. El viento fresco de la noche da ánimo al espíritu. Un cielo estrellado y una mar tranquila ofrecen encanto á la vista y esparcimiento al ánimo.

Comimos á las siete. Conocido es en todo el mundo el trato que en estos buques se da á los viajeros.

Espléndida comida y lujo inusitado. Las Mensajerías imperiales son la primera empresa de vapores que existe hoy en Europa. El comedor ha estado concurrendísimo. Tres inmensas mesas bastaban apenas para los pasajeros. Algunos se han retirado pronto. El balanceo del vapor ha ido en aumento, aunque no gran cosa, y han comenzado ya las escenas que parecen muy cómicas cuando se refieren en tierra, pero cuya representación en el mar tiene muy poco de agradable para el protagonista.

Poco á poco nos vamos conociendo. El *Meris* lleva á Egipto personas bien conocidas en el mundo científico y literario. Mr. Teofilo Gautier está sentado enfrente de nosotros. Mr. Lessieux, un sábio alemán, célebre por sus conocimientos é investigaciones de la historia egipcia, llama la atencion de los pasajeros por su cabellera blanca como la nieve, que adorna su rostro tostado y de delicadas facciones. Unos anteojos de oro completan esta fisonomía, que indica á primera vista la presencia de un *savant*, como dicen los franceses.

Hay varios alemanes en el vapor, todos ellos invitados por el virey de Egipto. El director del Observatorio de Berlin, persona cuyo nombre no me atrevo á escribir por no cometer errores (es un nombre lleno de consonantes), nos ha hecho pasar un buen rato, haciéndonos notar algunas curiosidades entre las estrellas. A mi lado ha comido un señor prusiano, alto empleado en el ministerio del Interior, y grande amigo de Bismark, á lo que parece. He tenido un gran placer al oír á todos estos alemanes cuánto admiran á Calderon, nuestro gran poeta. Sienten adoracion por él; casi todas sus comedias las conocen perfectamente. En cuanto á nuestro *Quijote* hay tres de ellos que lo llevan en el bolsillo, y á los postres, el Sr. Diémecher, médico de Berlin, nos ha leído en español bastante intelgible la aventura de los molinos de viento. Aseguran todos ellos que el *Quijote* les encanta. El Sr. Diémecher ha enseñado á leer á sus hijos con un ejemplar de la obra de Cervantes, traducida al alemán hace pocos años.

Positivamente hay algunos escritores en Madrid que no conocen tan á fondo nuestra literatura del siglo XVI como algunos de estos alemanes, á quienes debo la satisfaccion de haber pasado una agra-

dable velada, hablando de las glorias literarias de España.

Parte de la familia de Lesseps viaja con nosotros en el *Meris*. Uno de sus hijos, casado con una encantadora jóven francesa, va á la inauguracion de la obra de su padre. Con solo verle, se adivina la satisfaccion que lleva. ¡Oh! Se comprende.

Gerôme, el pintor, cuyo cuadro *El duelo despues del baile*, bastó para crearle una reputacion que ha ido en aumento, pasea á lo largo de la toldilla, pensando acaso en las impresiones que espeta recibir. Gerôme es un pintor orientalista, y naturalista, que ha aprovechado la ocasion de hacer tan notable viaje. Gromentin, otro pintor orientalista, bien conocido en Francia, va á su lado. Detrás de ellos pasea D'Arjou, dibujante del *Monde Illustré* y de otros diarios franceses.

Se dice sobre cubierta que el vapor va lleno de artistas, literatos y hombres de ciencia de Francia y de Alemania; ingleses no viene ninguno; el *Aretusa* es quien los lleva sin duda. Ya los iremos conociendo.

Los corresponsales de los diarios de Paris abundan, y acabo de ser presentado á todos por uno de ellos á quien conocí en Paris. Estamos, pues, todos en contacto, y nuestras cartas, comprobadas unas con otras, podrán ser lo más exactas posibles.

A las diez y media, mis compañeros de camarote, duque de Tetuan, Gisbert, Montesinos, Galdó y Palau, entran á acostarse. Yo leo una especie de historia del Istmo de Suez que un fraile capuchino me ha prestado. Por ella veo que Mr. de Lesseps ha trabajado sin descanso en su empresa de Lesseps catorce años consecutivos. Teson se necesita. Los obstáculos le han surgido á millares. Todos los ha vencido. Los pasajeros se marean horribilmente por lo que veo. Algunos de mis compañeros cambian la peseta, como se suele decir en España. En cuanto á mí, me siento perfectamente bien hasta ahora.

Una señora francesa, en el camarote de al lado, dice desesperada que se quiere ir.

¿A dónde querrá ir esta señora? ¿A la casa de enfrente?

Esto se parece á lo que dice otra señora en una zarzuela de Olona:

—¡Que páren! ¡Que páren!

Pero no se pára el buque... ¡Qué ha de pararse! Acabo de saber que hacemos once millas por hora.

A las tres y media de la tarde, hemos comenzado a ver tierra. Mil pasos a la derecha, la Cerdeña; mil pasos a la izquierda, la Córcega.

¡Ah! La Córcega hace exclamar a los franceses con gran admiración:

—¡Hé ahí la patria del capitán del siglo!

En cuanto a mí, no me admiran estas montañas por haber sido cuna de aquel conquistador. Se me ocurre comparar su vida con la del hombre a cuya iniciativa debemos la ocasión de hacer este viaje.

Más grande la obra de Lesseps, tiene un objeto humanitario y civilizador. La apertura del Istmo significa algo más que la batalla de Austerlitz ó de Marengo.

La Córcega es una grata impresión de viaje. Sus montañas doradas por el sol, bañadas por el mar, acariciadas por la brisa tienen encanto irresistible.

En menos de una hora, el vapor nos lleva a pasar las bocas de Bonifacio. Diríase que íbamos por un canal, a juzgar por la proximidad de todos estos islotes.

A cortísima distancia, a la derecha, se ve el paso del Oso.

Una piedra que colocada en la cúspide de la montaña, parece en efecto un oso blanco, ha dado nombre a este pintoresco sitio.

A la izquierda... ¡Caprera!

¡Caprera! Exclaman todos los pasajeros, y las miradas de todos se dirigen hacia la izquierda.

¿Qué hay en Caprera que todo el mundo desea ver?

Una casita blanca en la falda del monte, en la orilla misma del mar. Una casita aislada, solitaria. La casa de Garibaldi.

En honor a la verdad, hay que confesar que el sitio es triste. La soledad y el aislamiento; hé aquí lo que significa la vivienda del guerrillero.

Salimos a plena mar. Hasta mañana que llegaremos a Messina no habrá ocasión de ocuparse de nada.

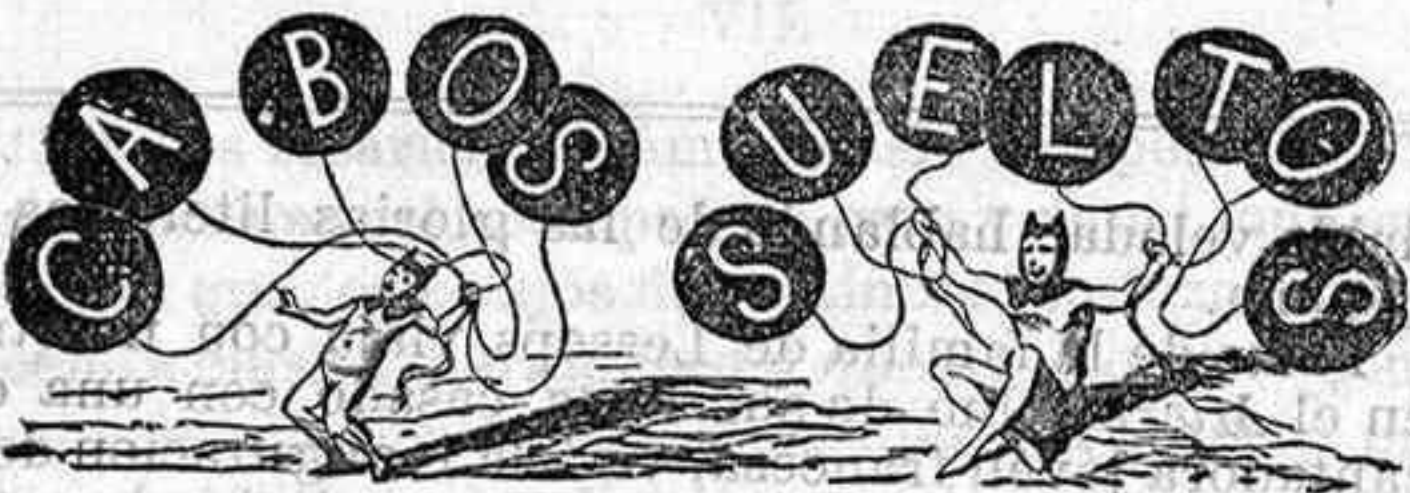
A las 12 de la noche.

Llegamos a Messina. El vapor se detiene dos horas; durante esas dos horas toma la correspondencia para Alejandria, y deja las cartas que nosotros hemos escrito.

El viaje continúa siendo feliz. Escribiré desde Alejandria, donde pensamos llegar el viernes, si el tiempo lo permite.

Eusebio Blasco.

(Se continuará.)



La Gaceta de los Caminos de Hierro asegura que es escandalosa la exageración que ha habido al hablar de los desperfectos causados en los ferro-carri-les por los insurrectos.

Nuestro colega, inteligente en la materia, confiesa que los estragos se han reducido a lo preciso para cortar las comunicaciones, recurso habitual de todo el que hace la guerra. Estas son sus palabras.

Tampoco aquí encontramos el vandalismo, ni el salvajismo.

¿Habrá que ir a buscarlos a otros centros?

—Porque esto pica ya en historia.

Ha habido un marcado empeño en la mayoría de los monárquicos por desacreditar de mala manera al partido republicano.

«La línea de Valencia ha quedado en siete leguas que ni rastro hay de ella,» nos decían.

Falso.

La Gaceta de los Caminos de Hierro lo afirma así, asegurando que en pocas horas y con poco gasto se pudo restablecer la viabilidad.

Y nos hablaban de que los desperfectos llegarían a 40 ó a 100 millones.

¡Santo Cristo y cómo se han despachado a su gusto!

¡Y cómo siguen todavía hablando de los excesos de las masas!

—¿Es Vd. español y conoce a Rios y Rosas?

—Sí señor.

—Pues meta Vd. la mano en su corazón y dígame si cree posible que ese señor pueda estar reconciliado más de un año con nadie.

—Aun me parece mucho un año.

—Pero, señor Gil Blas, ¿defiende Vd. a los criminales?

—Hombre, no; yo defiendo a los republicanos verdaderos.

—Ya, pero como algunos han cometido excesos.

—Que se les castigue. Yo no defiendo a esos. Ha visto Vd. que no he dicho una palabra sobre los cuatro desgraciados que en Utrera hicieron descarrilar, sin haber avisado, a un tren de tropas. Los crímenes vulgares no se cuentan en ningún partido, y esos deben castigarse siempre.



Bolero.

Si va usted de paseo a Andalucía, ande usted con cuidado de noche y día. ¡Que hay un bandido, que con todos los hombres saca partido!



¡Como se las arreglan los ministeriales! Otra comisión de funcionarios y subalternos va al canal de Suez, por el ministerio de Fomento. Podíamos muy bien pasarnos sin ese gasto. Pero hay que contentar a los amigos. Vaya, buen viaje y divertirse. Cuando vengán a cobrar me la contribución será ella.



El alcalde de Sos desmiente todo lo que los periódicos han dicho respecto a aquella población. ¿Se acuerdan Vds. de lo que se ha dicho de Sos? Pues bien, ¡oh desengaño! No ha habido nada. ¡Ni un leve pronunciamiento! Sin embargo, hablemos de los excesos cometidos en Sos por las masas...



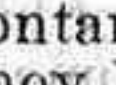
Ya se cuenta otra docena de periódicos cadáveres, desde que dimos la nota anterior. Uno de ellos es Las Provincias, de Valencia, el cual había dicho lo que le contaron los dueños de las relojerías robadas por... ¿quién? ¡Demonio! Si viven los que nos calumnian y mueren los que nos defienden, ¡vaya Vd. a saber nunca la verdad!



El tribunal del Oisse (Francia) ha condenado a dos religiosos a cadena perpetua por atentados contra el pudor cometidos en niños menores de trece años. Anda, padre de familia, lleva tus hijos a que los eduquen esos solterones con capa de religiosos, que andan siempre acechando la carne fresca.



Ya está en Sevilla el duque de Montpensier con toda su familia. Supongo que habrá reinado gran animación en la ciudad. Poquito que le quieren al duque. El que lo quiere mejor le desea a cien leguas de distancia. La Correspondencia contará la entrada del duque. «Todo júbilo es hoy la gran Toledo.»



Rios y Rosas y la union liberal empiezan su marcha a través de la política. ¡Allá va la nube. ¿Quién sabe do va?



Unos periódicos nos llaman unitarios. Otros nos llaman federales. Todos tienen razón. Somos unitarios, porque queremos unidad de patria, de ley y de gobierno. Somos federales, porque queremos la descentralización más lata, y la vida independiente de la provincia y el municipio. Por lo demás, nosotros nos contentamos con que nos llamen republicanos.



¿Qué le parece a Vd. de esta noticia que leo en un periódico? «El municipio de Cenicientos (Castilla la Nueva) ha sido disuelto por republicano y sustituido por el de 1865 y otros cuatro vecinos de orden.» Me parece que debía decir vecinos de órdago.



En San Francisco el Grande se ha puesto un rótulo dorado, que dice:

ESPAÑA A SUS PRECLAROS HIJOS.

Y luego se ha encarcelado allí a los republicanos. Y dirán que ya no se escriben chistes honestos.



Ya saben Vds. que la mayor parte, la casi totalidad de diputados a Cortes por Cataluña, son republicanos y progresistas.

Ya saben también que a esas opiniones pertenecían aquellos ayuntamientos y diputaciones provinciales.

Pues lean Vds. el Boletín Diplomático y verán como quien tiene muchas simpatías y muchos prosélitos en Cataluña es el consabido duque de Montpensier.

¡Oh, si él hubiese querido intrigar!...

¡Pero qué! El desprecia las pequeñeces.



Leemos en un diario montpensierista: «Asegúrese que vuelve a estar en alza la candidatura de D. Fernando.»

Es como el que dijo: Huéleme que andan a palos.



Ahora que, vencida la sublevación, sería fácil poner en claro todos los atropellos cometidos por los federalistas, ahora que no vienen cartas horripilantes, ahora es cuando se dan en tono dudoso las noticias sobre los hechos que más públicos parece que debían haber sido.

Cuando faltaban comunicaciones y medios de comprobar la verdad, a cada momento nos llegaban nuevas melodramáticas de todas partes. Hoy nada, ¡Cosa más rara!...



Hay que leer un par de párrafos de Luis Blanc y decirle con muchísimo del regocijo: bendita sea tu boca.

La prensa de orden le injuria, trata de hacerle sospechoso; le atribuye palabras é intenciones que no son suyas, y él les responde una y otra vez: soy republicano, republicano, REPUBLICANO, REPUBLICANO.

Y después de decirlo, lo prueba, que es lo más difícil.

¡Animo, generose vir!

Tu respuesta es tan lacónica como expresiva, y como tú respondemos los que somos republicanos, republicanos, REPUBLICANOS, REPUBLICANOS.

Y lo probamos

¡Olé!



Decididamente Napoleón III ve la cosa mal parada.

Fernando de Borbón, cuando se vió perdido, ofreció una Constitución.

Luis Felipe, cuando veía mal las cosas, llamaba a Thiers.

Isabel de Borbón, en los grandes peligros, acudía a Espartero.

Luis Bonaparte hace decir hoy al telégrafo que no quiere apartarse de la conducta liberal. Malito debe de estar.



Primera hora.

La conciliación vive.

Se salvó la patria.

¡Gracias a Dios que está puesta la mesa!

PASATIEMPO.

Solución a la Charada del número anterior: Cornudo.

CHARADA.

Prima y segunda

hace y deshace

don Salustiano

el de la salve.

Quiere que entremos

los radicales

por prima y cuarta

a todo trance.

Mas le contestan

ciertos compadres,

a quienes trata

de perillanes.

—Ni el todo tienen

ya tus afanes.

(La solución en el próximo número).

SOLICITUD.

Un joven recién llegado a Madrid desea encontrar colocación en cualquier casa de comercio, administración de periódico, empresa particular ó otra oficina. Tiene buena letra inglesa, sabe escribir con ortografía, y entiende bastante de contabilidad. Puede presentar personas que abonen por su conducta con fianza personal ó metálica. —Para más pormenores dirigirse a la calle de Atocha, número 147, principal interior.—1.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CAREZA, 27.